

# El más valiente de todos

Carlos Calvo Alonso

Sentado en el borde del ribazo con los pies colgando, el niño se lamía la sangre que brotaba de un arañazo en el dorso de la mano. También tenía rasguños en las piernas y le dolía la cadera derecha, que había recibido el impacto más directo contra el suelo. El viento vibraba sobre su cabeza en las ramas de los olmos, era frío y despeinaba las nubes rojizas del oeste. Aunque le bullían y hormigueaban las partes lastimadas de su cuerpo, comenzaba a sentirse destemplado. Se dejó deslizar, remolón, hasta el camino, se sacudió el polvo de la culera del pantalón, comprobó una vez más que no llevaba ningún roto en la ropa y comenzó a caminar hacia el pueblo por el camino del cementerio.

Los chicos se llegaban con frecuencia hasta esa esquina de terreno en desnivel coronada por dos árboles; era un buen sitio para organizar luchas: abundaban los terrones blandos para lanzar y el talud permitía ataques y defensas a empujones; incluso se decía que por allí había muchas culebras, aunque nunca habían visto ninguna. Al paraje, los niños lo llamaban Los Olmos de Garamuña, vaya usted a saber por qué... Como en días anteriores, esa tarde había ido solo para intentar encaramarse hasta lo más alto del árbol grande. Trepaba por el tronco y luego, rama a rama, cada una más delgada y más flexible que la anterior, iba ganando altura y perspectiva sobre el tapiz parcelado del paisaje mientras la alegría y el vértigo le llegaban a la garganta y los latidos del corazón le resonaban en el pecho. En esta ocasión su ascensión no había durado mucho: primero había cedido el apoyo donde situaba los dos pies y después el brote seco donde se agarraba con una mano mientras la otra buscaba asideros para continuar la escalada. Ahora, camino de vuelta, recordaba con nitidez el primer chasquido de la rama, pero nada más de la caída.

Pasado el cementerio, al llegar a la altura de las puertas de las primeras bodegas, torció por la calle de la Pintada; quería evitar la Plaza del Concejillo para no pasar por delante de la herrería de su padre ni por la puerta de la

señora Sabina. Todos decían que debía la vida a la señora Sabina, que si no hubiera sido por ella se habría ahogado, pero él le tenía miedo.

Hacía casi un año de aquello. De rodillas en el rellano de la presa del molino, la señora Sabina estaba lavando ropa amorrada al río; era una tarde de finales de primavera, los trampones habían comenzado a desaguar, pero la corriente todavía llevaba fuerza rodando por la pesquera que en ese momento atravesaban los chicos. El grueso de la cuadrilla, los zapatos colgando de una mano, evitaba el verdín y se trastabillaba de vez en cuando al vadear el río a media altura del dique, donde el desnivel era ya muy suave. Él lo hacía por el borde superior; sentía la espuma bailándole en los pies y, al lado, el oscuro de las algas y la profundidad que le amenaza desde el remanso. Estaba a punto de concluir su travesía, allí donde la mujer había dejado de frotar una funda blanca de almohada y le miraba preocupada, cuando un movimiento en falso, quizás la duda de un ligero resbalón, le hizo perder el equilibrio. Podía revivir el frío gris de los instantes transcurridos hasta ser consciente de los gritos de la mujer que le había sacado del agua.

Aquella noche, secándose las lágrimas con el reverso de la mano en un rincón de la cocina, se imaginó ahogado, bien estirado en el ataúd marrón (ya no sería blanco porque hacía dos años que había hecho la primera comunión): su madre llora sentada al lado y se da golpes de puño en los muslos, como hace siempre que pierde los estribos; su padre ha cerrado la fragua y está al lado del féretro, serio y callado como siempre; los hermanos dicen eso de "a este siempre le pasan todas las cosas", pero no se ríen como lo están haciendo ahora...

La señora Sabina no le había perdonado que el agua arrastrase su funda mientras le salvaba la vida agarrándole por los pelos; le gritaba cada vez que se cruzaba en su camino y hablaba mal de su madre con las vecinas porque nadie le había pagado la pieza perdida. Sí, le tenía miedo a la señora Sabina, pero no quería

reconocerlo porque todos decían que él era el más valiente del barrio.

Eso lo había reconocido toda la cuadrilla a la puerta de la Cueva de las Tumbas. En realidad era una bodega abandonada, pero algunos restos de maderas alineadas, quizás apoyos antiguos de cubas, formaban irregularidades en el suelo a modo de túmulos que justificaban el nombre. Los chicos se adentraban en ella con facilidad porque su boca, grande y adintelada, hacía tiempo que no tenía puerta y daba a una sala amplia; lo hacían iluminados por velas y bajando la voz a medida que avanzaban entre las sombras. A veces alguno gritaba histérico; entonces se interrumpía la incursión y salían todos corriendo en estampida hacia la luz del día. Nunca habían pasado de la gran nave, interrumpida al fondo por un terraplén de derrumbe que llegaba casi hasta el techo. No se habían atrevido a explorar la oquedad que se adivinaba en la cumbre del montón de grandes terrones apelmazados, decían que el otro lado era peligroso porque había pozos profundos en el suelo. Al pie de aquel parapeto, en la solemnidad de las sombras oscilantes del corro de chavales, aquel día se había apostado un duro con el Platero a que era capaz de quedarse media hora solo y a oscuras en la cueva.

Cuando la luz de la última vela desapareció fundida en la claridad de la puerta, se acurrucó a los pies del talud hasta que, dominada la inquietud del silencio y la oscuridad, comenzó a escalarlo a tientas. Superada la cresta del desnivel, se deslizó con cautela por el otro lado de la pendiente y comenzó a aventurarse hacia adentro, en la negrura. Caminaba poco a poco arrastrando los pies para explorar el suelo; con una mano palpaba la pared rugosa y con la otra indagaba posibles obstáculos por delante de la cara; de tanto en tanto paraba un rato, aturdido por la excitación. Anduvo así, alejándose poco a poco de los asperones, hasta que los otros comenzaron a llamarle. Los gritos, cada vez más acuciantes y alarmados, guiaron sus pasos de vuelta hasta vislumbrar el resplandor de las velas sobre el borde del terraplén. Entonces le invadió una gran lasitud, a la vez que los reflejos en el techo le invitaban incongruentemente a participar en su baile de luces y sombras. Ya en la calle, todos juraron que él era el que menos miedo tenía de todos los del barrio y el Pla-

tero prometió pagarle el duro a plazos, peseta a peseta cada domingo.

Evitado El Concejillo por la parte baja de la iglesia, se incorporó a la Calle Derecha para llegarse a la Plaza de España, donde suponía que debían estar los otros jugando a los tres navíos. Un dolor sordo, cada vez más intenso, se había adueñado de su cadera derecha, pero procuraba disimularlo y no cojear. Casi caminaba con naturalidad mientras hacía planes para volver a los árboles al día siguiente y silbaba el Cara al Sol, que estaban ensayando esos días en la escuela. A medio trayecto, la Calle Derecha se estrechaba en un tramo de unos veinte o treinta metros; la acera era allí solo bordillo y los carros tenían que parar en muchas ocasiones para permitir que los transeúntes superasen apresurados la angostura o se refugiaban en algún portal abierto, normalmente el de la señora Francisquilla, que vendía chucherías en los bajos de su casa.

Siempre que pasaba por allí, el niño se preguntaba si podría caber una persona entre las teleras de una galera y las fachadas de las casas...

. . .

El viento hacía batir el portón de la herretería y el ruido intermitente del chocar de las viejas maderas interrumpía el hablar bajo y grave de los niños. La señora estaba ya dentro de la casa, pero el hombre que la seguía, pantalones azules de dril, chaqueta gris con las solapas levantadas, había vuelto sobre sus pasos al percibir a sus espaldas el portazo; asegurado el picaporte, entró él también quitándose la boina. Durante unos momentos, las oscuridades del portal habían recibido destellos tenues de luces y habían dejado escapar hacia la calle rumores de rezos y llantinas. Los niños, sentados en el murete de la Plazuela del Concejillo, estaban en silencio otra vez. Viento y plazuela parecían ahora reconciliados. Era marzo, entrada ya la noche, y hacía ya unas horas que el padre del niño había abandonado apresuradamente la fragua, alertado por los alaridos de las mujeres.